

MANIFIESTO DEL XVIII ROSARIO UNIVERSAL

Todos nosotros somos inmensamente afortunados de estar reunidos, una vez más, en torno al Santo Rosario Universal. Esta iniciativa, que trasciende fronteras, idiomas y culturas, nos convoca en la misión más noble y urgente de nuestro tiempo: la oración perseverante, silenciosa, fiel. Una labor muchas veces ignorada por el mundo, pero cuyos frutos son invisibles solo para los ojos que han olvidado mirar con fe.

En algunos rincones del planeta, esta cita reúne a grupos numerosos; en otros, a unos pocos valientes. Y hay lugares donde solo una persona sostiene el Rosario entre sus dedos, sola quizás, pero nunca verdaderamente sola. Porque en cada Avemaría se entrelazan las almas que forman parte de este Rosario. Somos testigos de una verdad eterna: la oración es el arma más poderosa que tenemos. Su fuerza es tal, que los hijos de las tinieblas la temen y hacen todo cuanto pueden para sofocarla.

Y sin embargo, mes tras mes, este Rosario se mantiene firme. Es un bastión de Fe. Un faro que resiste la tormenta. Se ha formado en torno a él una unidad espiritual: una legión de los Hijos del Inmaculado Corazón de María. Conocemos con claridad los males que amenazan a nuestra época. Muchos son visibles; pero los más graves, los más profundos, son espirituales.

Este mes de julio, dedicado por la Iglesia a la Preciosísima Sangre de Cristo, nos recuerda el precio infinito que fue pagado por nuestra redención. Esa Sangre bendita — símbolo de salvación, protección y purificación— es escudo invencible contra la oscuridad, y causa de espanto para los enemigos del alma.

No estamos aquí por inercia ni por hábito. Nos impulsa el ardor del Amor que redime y da vida. Nos mueve la certeza de que, aún en medio del caos, la oración humilde y perseverante puede inclinar la balanza invisible del mundo y hacer temblar al infierno cuando todo parece perdido.

Hoy, como cada mes, renovamos nuestro compromiso. Somos la Iglesia orante y militante; somos centinelas de la luz; somos voz que clama en el desierto. Somos uno, en el Corazón de María. Que nunca falte entre nosotros el Rosario en la mano, la mirada en el Cielo, y el alma encendida de esperanza.

Porque cuando el mundo se tambalea, hay quienes eligen arrodillarse. Y esos, son los que lo sostienen.

¡VIVA CRISTO REY!

¡VIVA LA SANTÍSIMA VIRGEN!